

Libertad de expresión, sí. Libertad para insultar, No

Cuando se discute de religión en el ámbito público, el debate sólo puede ganar teniendo, constantemente como guía una virtud de la que Tomás de Aquino dice que es el eje del tejido moral: la prudencia.

Cuando se discute de religión en el ámbito público, el debate sólo puede ganar teniendo, constantemente como guía una virtud de la que Tomás de Aquino dice que es el eje del tejido moral: la prudencia.

Los asesinatos trágicos e impactantes en las oficinas de la redacción del diario satírico *Charlie Hebdo* y el supermercado *cashier*, han hecho de los días 7 y 9 de enero de 2015 unos días negros para París y para el mundo. Los miembros del equipo de redacción de *Charlie Hebdo* estaban específicamente en el punto de mira, porque dentro del ejercicio de su profesión, se consideraba que habían blasfemado contra el profeta Mahoma; no sorprende, pues, que los periodistas y los columnistas del mundo entero hayan llenado de tinta los grandes periódicos, la prensa sensacionalista y los semanarios.

Unos se han precipitado a publicar, ignorando toda prudencia, y dejando que la emoción en estado puro dictara sus escritos, otros han aportado a la discusión reflexiones más elaboradas. Todos han sido del mismo parecer que los líderes mundiales y las multitudes que fueron a París y que se manifestaron el domingo siguiente a los eventos, creyendo que la libertad de expresión había sufrido un ataque frontal.

Otra libertad fundamental en una sociedad abierta, ha encontrado mucho menos apoyo en los últimos años por parte de los mismos periodistas indignados, que han proclamado sin excepción - es bien natural- su apoyo a sus colegas franceses, a tener libertad de religión. De pronto, los políticos, los dirigentes religiosos e incluso la intelectualidad, se dan cuenta, ahora, del vínculo que existe entre estas dos libertades.

Es irónico la constatación de que los que proclaman con orgullo "Je suis Charlie" se enfrentan a la vez a un molesto interrogante sobre su compromiso con la libertad de religión. La COMECE (Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea) no sólo ha estudiado esta cuestión con profundidad durante los últimos cinco años, también ha actuado, haciéndola extensiva a los responsables de cooperación en colaboración con nuestros interlocutores ecuménicos, para que la libertad de religión y la protección de esta libertad, dentro de la Unión Europea y más allá, sean hoy un asunto firme por parte de esta comisión europea. El respeto de una, no puede disminuir de ninguna manera el respeto a la otra. Cuando se discute de religión en el ámbito público, el debate sólo puede ganar teniendo constantemente como guía una virtud de la que Tomás de Aquino

dice que es el eje del tejido moral: la prudencia.

La libertad de expresar las ideas religiosas o de discutir temas de creencia religiosa, en el ámbito público, ha sido, de nuevo, objeto de un debate intenso y apasionado, por lo que pasó en París en el transcurso de la primera semana completa del año nuevo. Dado que la COMECE y nuestros amigos jesuitas no lo pueden rebatir hasta un mes después de los acontecimientos, se nos puede conceder permiso para arraigar nuestras reflexiones al pasado cristiano. De hecho estamos convencidos de que la lección más importante de todas se puede extraer de un hecho producido menos de una generación después de la muerte de Jesús de Nazaret, y de la forma que se explicó. El periodista sobre el terreno se llama Lucas.

Cuando Pablo de Tarso, un judío piadoso de ciudadanía romana, va a Atenas en el año 46 de nuestra era, hay discusiones sobre Dios y sobre la fe en Jesucristo en las sinagogas y el ágora. Delibera con los filósofos epicúreos y estoicos, pero es abiertamente rechazado y calificado de "loro", de "charlatán", de "propagandista" y de "predicador de divinidades extranjeras". Lucas nos cuenta que para los Atenienses, discutir sobre las novedades era un "pasatiempo", pero lo más sorprendente es que aunque ridiculizan a Pablo, le invitan, sin embargo, a explicarse (sobre Dios y Jesús) ante el foro de discusión más sofisticado de la ciudad, el Consejo del Areópago. El auditorio de Pablo, le escucha educadamente, aunque "algunos se mofen" cuando menciona la resurrección del cuerpo. Lucas, como un joven reportero o corresponsal de Reuters adelantado en el tiempo, nos da un relato de

primera mano muy completo, que se puede leer en **Hechos de los Apóstoles 17, 16-34**. Los enfrentamientos en la Atenas del primer siglo, el conflicto entre el judaísmo clásico y la nueva interpretación que da Pablo de la doctrina tradicional en las sinagogas de la diáspora, los cambios vigorosos entre el nacimiento del cristianismo y el paganismo, muy establecido, permanecen civilizados, templados, por el buen humor y facilidad para una cierta apertura de espíritu.

Tal como el papa Francisco, lo remarcaba en Filipinas, las creencias y las convicciones religiosas de alguien son como los lazos de familia, que llaman a las lealtades viscerales. No se deben menospreciar ni ridiculizar. Pero como hacían los Atenienses, hace unos dos mil años, aunque no estuvieran de acuerdo con Pablo, y lo enviaran mofándose de él, no cerraron las puertas y le dieron la posibilidad de seguir libremente el debate: "Te escucharemos allá abajo otra vez" (**Hechos 17, 33**). La libertad de expresión y la libertad de religión no se excluyen mutuamente.

Fr. Patrick H. Daly

Secretario General de la COMECE

Traducido del francés por Montse Ollé Piera, <http://www.comece.eu/europeinfos/fr/archives/numero179/article/7074.html>